

EL PROCESO DE NEOLITIZACION, PERSPECTIVAS TEORICAS PARA EL ESTUDIO DEL NEOLITICO

*Almudena Hernando Gonzalo
Departamento de Prehistoria
Universidad Complutense de Madria*

RESUMEN: En este trabajo se pasa revisión a los planteamientos más importantes desarrollados en la Historia de la disciplina para abordar el estudio del Neolítico y definir el proceso de neolitización. Para hacerlo, se parte de los fundamentos teóricos que los han sostenido, a través de los cuales se pretende evidenciar las causas por las que se han enfatizado determinados rasgos y perspectivas del proceso.

En líneas generales el Neolítico ha sido considerado siempre una etapa arqueológica definida por una serie de rasgos materiales. Sin embargo, desde hace unos cuantos años, algunos investigadores comienzan a utilizar perspectivas históricas de larga duración y posiciones teóricas alejadas del evolucionismo inicial, lo que transforma radicalmente la consideración tradicional del neolítico y su definición cultural, material y cronológica. Desde este nuevo punto de vista, el Neolítico pierde sentido, y con ello la división tecnológica tradicional de la Prehistoria.

ABSTRACT: In this paper, the most important statements developed in the discipline history in order to attend the study of the Neolithic period and to define the process of neolitization are revised. The beginning point are the theoretical foundations which have been their basis, and through them it is sought to evidence the reasons because of what some features and perspectives of the process and no others have been emphasized.

In general, the Neolithic has been thought about as an archaeological stage defined through an amount of material features. However, since some years ago, some researchers are beginning to use long term historical perspectives and theoretical positions far away from the initial evolutionism. All that transforms the traditional view of the Neolithic and its cultural, material and chronological definition. From this new point of view, the Neolithic, and therefore the traditional technological division of the Prehistory lose their sense.

1. Introducción

En un momento determinado de la secuencia histórico-cultural, que nunca es anterior al VIII milenio a.C., se produce un fenómeno de enorme trascendencia en todos los órdenes de la cultura —económico, social, ideológico—, en zonas alejadas e independientes de la geografía del planeta. Este fenómeno se manifiesta en la aparición de una

serie de elementos materiales detectables arqueológicamente: cerámica, piedra pulimentada, habitación permanente o semipermanente en aldeas, animales y plantas domesticadas, etc. Pues bien, ese momento fue denominado en 1.865 por Lubbock “Neolítico” y el carácter de los cambios que entrañaba mereció a Gordon Childe la calificación de “Revolución Neolítica”.

Ambas denominaciones pueden servirnos de base de partida para plantear el desarrollo del tema, ya que, efectivamente, el Neolítico puede contemplarse desde dos puntos de vista: como una fase arqueológica definida por un conjunto de rasgos materiales o como una etapa general de la evolución socio-cultural de la humanidad.

¹ Deseo agradecer a J.M. Vicent Garcia toda la ayuda prestada, en forma de comentarios, orientaciones y sugerencias, para la elaboración de este trabajo, que comenzó siendo una lección preparada para un concurso de oposición. Su generosa colaboración me permitió clarificar y desarrollar muchos de los puntos que en él se contienen y de cuyos errores, sin embargo, soy la única responsable.

Hasta fechas muy recientes el Neolítico ha sido abordado siempre desde la primera perspectiva, debido a las propias condiciones de aparición de la Prehistoria como ciencia y al tipo de evidencias de que disponía para juzgar el carácter de los cambios que pretendía explicar.

Como todos sabemos, la Prehistoria surge como parte de un discurso evolucionista que servía de alternativa liberal al discurso teológico construido para dar cuenta del origen y pasado del hombre. Pero para poder establecerse como nuevo paradigma, caracterizado entre otras cosas porque permitía profundizar en un pasado con cambios, necesitaba de pruebas contrastadoras.

La aparición de la agricultura y la ganadería es contemplada en la Biblia, luego requería de una interpretación alternativa. Es por ello que las primeras aproximaciones al Neolítico fueron realizadas desde la perspectiva "arqueológica" del problema, o lo que es lo mismo, a partir de las "pruebas" materiales documentables arqueológicamente, lo que llevó al determinismo tecno-económico que ha caracterizado la investigación del Neolítico hasta su reciente puesta en cuestión.

De hecho, lo que está sucediendo en los últimos años es que se está bordando el estudio del Neolítico como fase del desarrollo socio-cultural más que como fase arqueológica, lo que lleva a una sustitución del carácter de los cambios a explicar.

Así pues, podríamos hacer una primera división de la Historia de la Investigación sobre el Neolítico en dos grandes bloques (fig. 1):

1.^a El gran conjunto de teorías "clásicas" que analizan el Neolítico como fase arqueológica.

Vienen definidas por un doble carácter materialista y evolucionista. Materialista por cuanto tienen en cuenta la base material de la sociedad –subsistencia, producción, ecología– e intentan explicar las otras esferas de la vida social en referencia a esta base. Evolucionista en tanto que parten del programa darwinista y consideran adaptativo cualquier rasgo que contribuya a aumentar la eficacia reproductiva del sistema. La domesticación de animales y plantas lo sería al permitir el aumento demográfico.

A su vez, pueden dividirse en dos grandes grupos que reflejan las tendencias seguidas en el pensamiento antropológico:

- 1.a. Posiciones idealistas, como manifestación del evolucionismo unilineal, según el cual el progreso ocurre en el plano ideacional. Defienden la ortogénesis ideacional de la evolución cultural, y se concretan en lo que Rindos (1.984) llamó "Paradigma de la consciencia". Sus representantes más destacados, aparte de los primeros historicistas, serán Gordon Childe con su "Teoría del Oasis" y Braidwood con su "Teoría de la evolución cultural".
- 1.b. Posiciones deterministas, como manifestación del evolucionismo determinista, según el cual existe una determinación en última instancia de las circunstancias materiales. Defienden el adaptacionismo cultural y se concretan en diversos modelos:
 - Determinismo genético del "Seleccionismo cultural" de D. Rindos.
 - Determinismo ambiental de la Escuela Paleoeconómica de Cambridge, con E. Higgs a la cabeza.

T. «clásicas»
Evolucionistas
Neolítico como fase
arqueológica

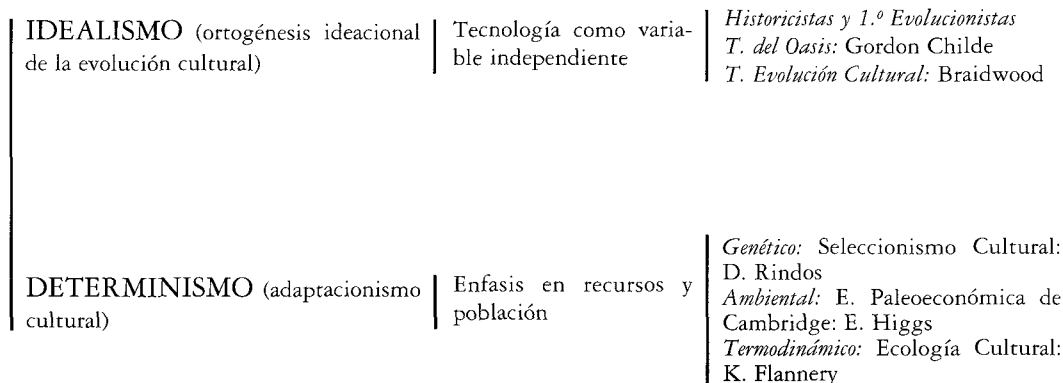


Figura 1

- Determinismo sistémico, termodinámico, de la Ecología Cultural formulada por K. Flannery.

2.^a Todas aquellas otras aproximaciones que, abandonando la perspectiva evolucionista, intentan explicar el Neolítico como fase del desarrollo socio-cultural de la Humanidad. Dependiendo de su grado de vinculación con el determinismo tecnológico que caracteriza al primer conjunto, podrían clasificarse en los siguientes apartados (fig.2):

- 2.a. Materialismo cultural o “vulgar”, representado por la Teoría de la Presión Demográfica de M.N. Cohen. Implica la determinación mecánica de la base sobre la superestructura.
- 2.b. Materialismo Histórico, defendido por autores como B. Bender, A. Testart, V. Shnirelman o J. Vicent. Se basa en la determinación dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro del proceso de transformaciones de la sociedad.
- 2.c. Materialismo/estructuralista, representado por los trabajos de T. Ingold y F. Criado, quienes defienden una simultaneidad o reciprocidad de la instancia simbólica y la productiva, pero una

- prioridad lógica de la primera.
- 2.d. Neo-idealismo, en el que cabe incluir los trabajos de I. Hodder y J. Thomas. Defienden un determinismo de la instancia simbólica sobre la instancia productiva.

Veamos con más detenimiento cada una de ellas.

1.º TEORIAS EVOLUCIONISTAS

1.a. *Posiciones idealistas*

Los defensores de este primer conjunto de teorías asumen dos premisas básicas:

a) La Humanidad va superando progresivos estadios de desarrollo, en una clara tendencia a la complejidad creciente y a las formas superiores de vida.

b) Esta tendencia es consecuencia del progresivo desarrollo de la mente humana, conducida por la tendencia natural del hombre a mejorar sus condiciones de vida. El vehículo de estas tendencias es la innovación tecnológica. Desde este punto de vista, la agricultura y la ganadería serían puros artificios tecnológicos, “descubiertos” en algún momento por grupos humanos suficientemente inteligentes.

Todo ello implica considerar que la producción

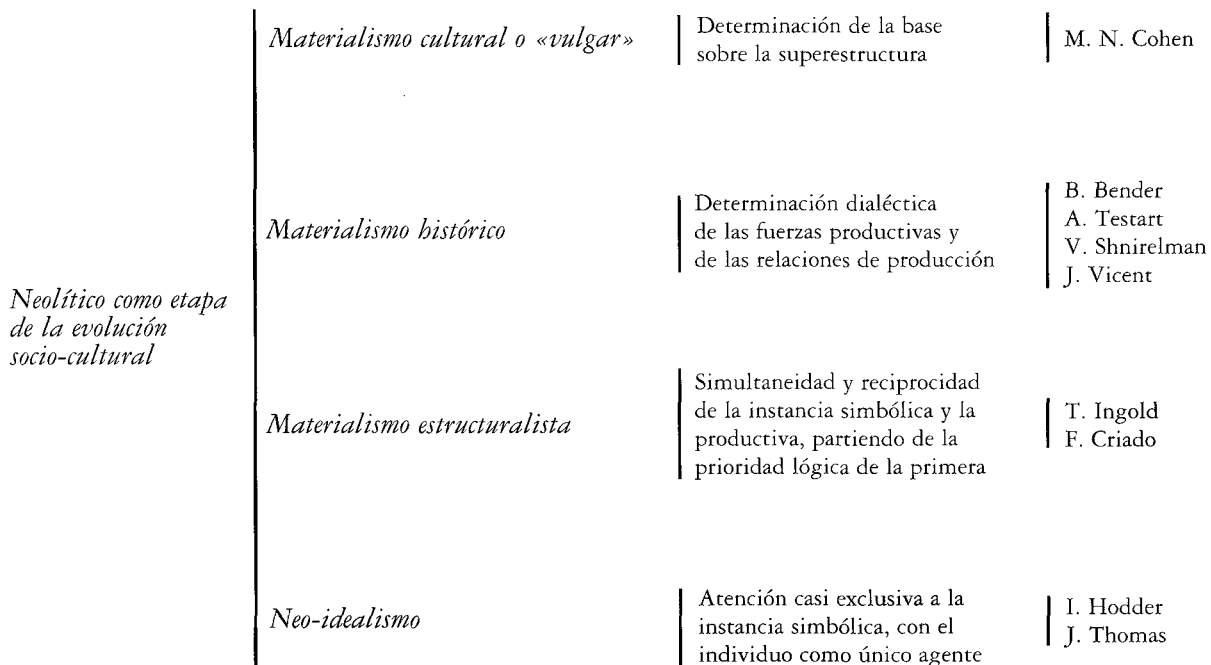


Figura 2

de alimentos es intrínsecamente superior a la caza-recolección y que la Revolución Neolítica es, en esencia, un cambio tecnológico, rasgos todos ellos definidores de las primeras aproximaciones al tema, tanto evolucionistas como particularistas históricas. La principal diferencia entre ambas es el rechazo de las segundas por el fenómeno de convergencia en la aparición de la agricultura defendido por las primeras. A su juicio, es altamente improbable que la agricultura fuera descubierta en varios sitios diferentes, por lo que debe suponerse que existió un lugar de origen desde el que se difundió la invención. Esta idea ha influido poderosamente en la investigación posterior, contribuyendo decisivamente a la formulación de algunos de los modelos posteriores, como por ej. el esquema de “zonas nucleares” y “periféricas” de Braidwood (Vicent 1.988:19).

Dentro de este gran conjunto de teorías, sin duda ninguna destaca la formulación de V. Gordon Childe, quien introdujo el concepto de Revolución Neolítica como expresión de la repercusión del cambio tecnológico en las formas sociales. Childe aunaba presupuestos evolucionistas y materialistas. Los primeros por cuanto aceptaba que las técnicas de producción de alimentos son un rasgo adaptativo en el sentido explicado. Los segundos porque pensaba que habían sido desencadenantes de una verdadera “revolución”, puesto que el desarrollo de las posibilidades productivas de estas nuevas técnicas desborda el marco de las formas de vida y las estructuras sociales vigentes hasta el momento” y da lugar a otras nuevas, así como a toda una serie de cambios en el plano de las ideas religiosas y las instituciones (Ibidem:24).

Pero en la medida en que aludía a un cambio tecnológico, Childe necesitaba darle una explicación. Este problema lateral, secundario, de la hipótesis de Childe, constituye lo más débil de su argumentación, pero sin embargo, fué lo único que tuvieron en cuenta sus sucesores. Childe acudió a la hipótesis del “oasis” o de la “desección”, formulada por Pumpelly en 1.908 y por Newberry en 1.924, tras el establecimiento, a finales del s. XIX, de la existencia del Pleistoceno, y por tanto de importantes cambios climáticos. Esta hipótesis sostiene que la desecación que acompañó al fin del Pleistoceno forzó al hombre, a las plantas y a los animales a concentrarse en áreas con agua permanente (oasis), donde a través de una interacción

intensiva, se habría producido una relación simbiótica entre el hombre y algunas especies de animales y plantas (trigo, cebada, ovejas y cabras). Es decir, acude a una explicación determinista ambiental para dar cuenta del cambio tecnológico, siendo esto lo único que sus sucesores retuvieron. De esta forma, transforman el problema lateral del Childe (la causa de la innovación tecnológica) en el problema central, convirtiéndolo así en una puesta al día del evolucionismo anterior y anulando todo su importante aparato teórico materialista.

Esto explica la aparición de R. J. Braidwood, convencido idealista y evolucionista, quien inicia en 1.948, en el marco de un gran proyecto interdisciplinar que ofrece los primeros datos empíricos sobre el origen del Neolítico, la excavación de la ciudad de Jarmo, en el Kurdistán iraquí. Braidwood se plantea un doble objetivo: por un lado, contrastar empíricamente la propuesta de la desertización inherente a la “hipótesis del oasis” de Childe, y por otro, comprobar la hipótesis de Peake y Fleure que situaban el origen de la domesticación en el Creciente Fértil (Ibidem: 29-31).

Sus investigaciones refutaron la premisa del cambio climático tal como había sido planteado por Childe y confirmaron la aparición de la domesticación en el Creciente Fértil, con todo lo cual Braidwood propone un “nicho ecológico natural” al que llama “zona de habitat natural” o “zona nuclear” donde el hombre, en virtud de su desarrollo intelectual, habría iniciado la agricultura. Lo sitúa, en inicio, en los bordes montañosos del Creciente Fértil, aunque luego lo ampliará a medida que los datos de los científicos naturales vayan demostrando la extensión del área de distribución de las especies domesticables. Braidwood propuso un período de “establecimiento”, “ajuste”, de los cazadores-recolectores del principio del post-Pleistoceno al medio, lo que significa a nichos ecológicos específicos. Ello habría derivado en una creciente especialización y diferenciación de las comunidades en la utilización de las formas salvajes de animales y plantas preparadas para la domesticación. Hacia el 8.000 a.C., los habitantes de las zonas nucleares habrían llegado a conocer tan bien su habitat que empezaron a domesticar los vegetales y los animales que hasta entonces habían estado recolectando y cazando (Braidwood 1.960).

El resumen de su hipótesis sería, pues, el siguiente: “la domesticación es una innovación con-

ceptual que sobreviene dada la acumulación previa de innovaciones del mismo orden que definen un determinado nivel cultural. Cuando se adquiere este nivel y se dan las condiciones apropiadas, entonces y sólo entonces, ocurre el cambio” (Vicent 1.988:32). “¿Por qué no empezó antes la incipiente producción de alimentos? Nuestra única respuesta en este momento es que la cultura no estaba todavía preparada para conseguirlo” (Braidwood y Willey 1.962).

Ahora bien, enseguida comenzaron a surgir críticas a esta formulación, tanto por cuestiones teóricas como empíricas, que provocaron el hundimiento de la hipótesis y una reacción descriptible en distintos niveles:

a) En primer lugar, la investigación de las condiciones concretas en las que se desarrolla la domesticación va evidenciando la complejidad inherente al proceso, lo que provoca el desarrollo de investigaciones arqueobotánicas, arqueozoológicas, climáticas, etc., que centran el marco de conocimiento y posibilitan el planteamiento de hipótesis menos especulativas.

b) Esa misma complejidad y los estudios etnológicos modernos van minando la concepción de la agricultura como un modo superior de vida. Poco a poco va poniéndose de manifiesto que la agricultura es, a menudo, una actividad que exige mucho más inversión de energía que la caza-recolección, sin implicar siempre un cambio inmediato en el nivel de vida. En consecuencia, se revisa la consideración de la tecnología como variable independiente, dirigiéndose la atención a las otras dos variables implicadas de manera esencial en el “paradigma de la consciencia”: los recursos y la población.

1.b Posiciones deterministas

Con ello nos introducimos en el segundo gran grupo de modelos, que van a suponer el derrumbamiento definitivo de este primer paradigma. Se trata de los modelos deterministas, aún basados en los principios evolucionistas clásicos, pues siguen considerando que existen “ventajas intrínsecas” en la producción de alimentos, ya que aumenta la eficacia biológica de los grupos humanos. Pero el adaptacionismo cultural es ahora la base de sus argumentos.

Dentro de este grupo, se distinguen, como veíamos, distintos tipos de determinismos:

1.b.1. Teoría del “seleccionismo cultural”. – D. Rindos (1.984).

D. Rindos es un botánico y no un científico social, lo que tiñe su obra de un carácter excesivamente biologicista que alcanza excesivas cotas de reduccionismo. De hecho, convierte los procesos culturales en procesos puramente biológicos, constituyendo la antítesis total de las explicaciones post-estructuralistas que más tarde veremos.

D. Rindos se propone recuperar el pensamiento darwinista, tergiversado, a su juicio, por todos los evolucionistas de la T. Clásica. Estos han entendido la evolución en un sentido lamarckista y spenceriano por cuanto esconden intuiciones finalistas de la evolución humana. Con ello no sólo se refiere a las posiciones idealistas de la ortogénesis o de la evolución cultural, sino también a las convicciones procesuales y deterministas de que los sistemas culturales “tienden al equilibrio”. El concepto de “adaptación” es evidentemente teleológico. Él se propone demostrar que el origen de la agricultura puede ser concebido como un proceso evolutivo en el sentido darwiniano del término, lo cual excluye cualquier suposición teleológica y cualquier apelación a la especificidad de las capacidades culturales del hombre como recurso explicativo (Vicent 1.992:9).

Para comprender el proceso es necesario un examen puramente biológico de los procesos de interacción entre el comportamiento humano y el medio natural, que se definen como procesos co-evolutivos. Ello quiere decir que la interrelación entre ambos tiene consecuencias idénticas para todos los organismos implicados: de hecho se produce una expansión sin precedentes de los respectivos ámbitos de supervivencia. Pero estos cambios no vienen dictados por “objetivos” concretos de ninguna de las partes, sino que son consecuencia de la interacción global. Es más, algunos no pueden considerarse precisamente “adaptaciones”: por ejemplo, Rindos destaca el aumento de la vulnerabilidad e inestabilidad de cada especie, cada vez más dependiente del resto (Idem, inédito).

Ese proceso co-evolutivo comenzaría de forma casual, viéndose favorecidas algunas especies por acciones no intencionales (de protección y dispersión) del hombre, continuándose a través de una dependencia progresiva entre todas las especies implicadas. El resultado del proceso es que las plan-

tas tienen una alta predecibilidad para el crecimiento y la reproducción y el hombre aumenta su capacidad de sustentación y optimiza el rendimiento de su utilización del medio.

Para explicar por qué el proceso no se bloquea cada vez que se alcanza un grado de especialización suficiente entre los participantes, Rindos acude a la inestabilidad como clave del proceso: “la selección positiva para la inestabilidad ha sido la característica de los sistemas agrícolas desde sus primeros orígenes” (Rindos 1.984:XVI).

J. Vicent (1.992:11), haciéndose eco en parte de las críticas realizadas por Sahlins (1.990) a la Sociobiología, ha realizado una crítica al modelo de Rindos desarrollada entre otros, en los siguientes puntos:

1°. Si la selección natural opera predominantemente sobre el individuo, entonces la cultura es un conjunto de rasgos individuales, lo que lleva a una convergencia entre esta visión y la teoría normativista.

2°. El grado de abstracción biológica del modelo supone una descontextualización excesiva del proceso histórico del origen de la agricultura, el cual no se alcanza a comprender.

3°. Ya que según la Teoría del Selecciónismo Cultural la selección natural opera sobre los rasgos tanto culturales como naturales que favorecen el éxito reproductivo, puede decirse que en la argumentación de Rindos la “demografía no es ya la causa próxima de la agricultura, como en la hipótesis de Cohen, sino su causa final. Estamos pues, ante un argumento teleológico”.

4°. Por último, el carácter pretendidamente inocuo del modelo esconde, sin embargo, una fortísima carga ideológica, por cuanto pretende anular la fuerza crítica de las ciencias sociales. Se trata de uno de los más potentes argumentos de legitimación del orden social capitalista: “No hay opción para discutir cualquier punto de vista que presuponga la autonomía de lo social o lo cultural cuando la premisa fundamental es la negación de esta autonomía con respecto al orden “natural” impuesto por la selección darwiniana”. En breves palabras: “si el orden social es natural, entonces este orden social es natural”.

1.b.2 y 3. Determinismo ambiental y determinismo termodinámico.

El comienzo de la producción de alimentos puede describirse como un proceso de simbiosis progresiva entre los domesticables silvestres y el hombre que tiene lugar en determinadas áreas favorables, las “áreas nucleares” de Braidwood. Dentro de esta concepción, el cambio cultural no es una mera respuesta a determinaciones ambientales, sino un tipo de interacción entre los patrones de adaptación de la cultura y el medio. En consecuencia, la investigación se orienta hacia el descubrimiento de las condiciones en las que se produce el incremento de la dependencia mutua y hacia el proceso biológico de la domesticación. Teóricamente, el concepto de la “madurez” cultural de Braidwood se ve sustituido por el de la “especialización adaptativa”, o complejo conjunto de innovaciones técnicas y conceptuales, definida en términos de la teoría de Sistemas (Vicent 1.988:38-39).

Tal formulación llega a constituirse a través de la intervención de distintas aportaciones (fig. 3), partiendo de las consideraciones deterministas de la escuela paleoeconómica de Cambridge, que bajo el liderazgo de Eric Higgs, prosigue la tendencia teórica iniciada desde los años 30 y formulada claramente en 1.952 por Grahame Clark en su obra “Prehistoric Europe: the Economic Basis”.

A partir de los años 60, en que se produce la expansión de la Nueva Arqueología, los postulados del determinismo ambiental clásico van a ser reformulados en dos direcciones distintas: por un lado en términos más o menos materialistas por Higgs y la escuela de Cambridge, y por otro en términos evolucionistas, bajo la estructura de la teoría de Sistemas. Esta segunda tendencia se ha generalizado con el nombre de Ecología Cultural (Ibidem: 29). Ambas direcciones desarrollarán destacadísimos proyectos de investigación, perfectamente representativos de este segundo “paradigma”: por un lado Higgs, con la colaboración de Jarman, dirigió el “British Academy Major Research Project on the Early History of Agriculture” desde 1.968 hasta su muerte en 1.976 (Barker y Gamble 1.985:3). Por otro, Flannery, representante por excelencia de la corriente evolucionista sistemática, llevó a cabo el Proyecto “Oaxaca” aproximadamente en las mismas fechas.

Las dos tendencias perviven en la actualidad a través de los modelos “procesuales”, mayoritarios en la explicación de la neolitización de Europa. La

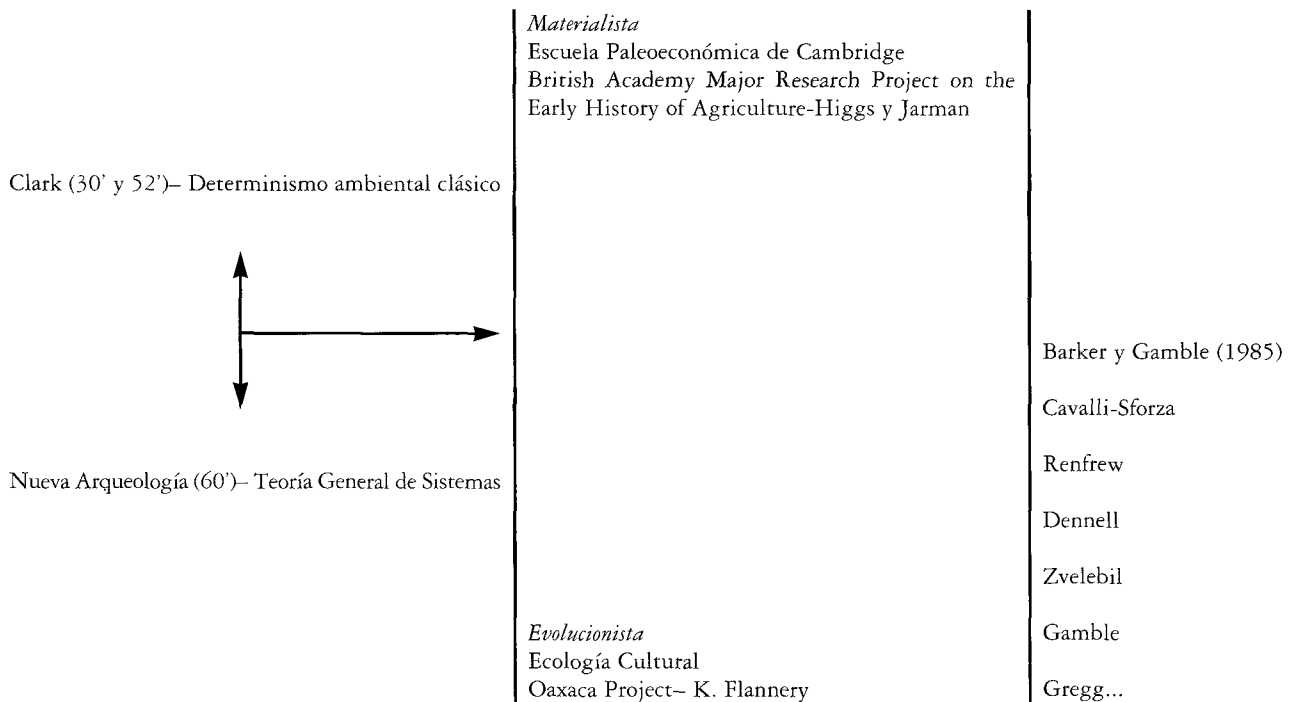


Figura 3

obra de Barker y Gamble "Beyond Domestication in Prehistoric Europe" (1.985), dedicado a la memoria de E. Higgs, mantiene una clara vinculación con la Escuela Paleoeconómica, mientras que la Ecología Cultural se mantiene presente en los trabajos de Renfrew y Cavalli-Sforza en los que el medio juega un importante papel en la homeostasis cultural, o en los de Zvelebil (1.989), Barker (1.985), Dennell (1.987), Gregg (1.988) o Gamble (1.990), quienes dan más importancia a las dinámicas adaptativas del propio sistema.

La Ecología Cultural es el reflejo en Antropología de la convergencia de dos líneas teóricas de enorme trascendencia científica en los años 50' y 60': por un lado, el neo-darwinismo, olvidado desde finales del S. XIX, y por otro la Teoría General de Sistemas (T. G. S.).

Como hemos visto con Rindos, el neo-darwinismo insistirá en el carácter no-dirigido de la evolución. Ahora bien, hay que explicar entonces el carácter aparentemente dirigido que ésa presenta. Y para ello, la T.G.S., basada en la tendencia al equilibrio de los sistemas biológicos parecía un instrumento idóneo. Al aplicarlo a los sistemas culturales, se explica su evolución y transformación a través de

la confianza en el equilibrio que esos tienden a mantener con el medio.

La hipótesis más representativa de la Ecología Cultural es la que Flannery expone en sus primeras obras, ya que muy pronto va a necesitar introducir una serie de variaciones que la transformarán, como las propuestas de Binford, en una "hipótesis de desequilibrio".

Flannery propone inicialmente que el origen de la domesticación se debe a una respuesta favorable por parte de algunos grupos humanos con economía de "amplio espectro", a algunas mutaciones en domesticables silvestres. Ello hace que aumenten su dependencia de ellos a expensas de otros recursos (como la caza), lo que a su vez va a revertir sobre tales especies al favorecer un proceso de selección artificial.

Pero evidentemente, resultaba insostenible la universalidad espacio-temporal de las mutaciones y en todo caso, de la respuesta del hombre. El problema residía en la propia incapacidad de la T.G.S. para dar cuenta de los cambios. Según el pensamiento sistémico, si un sistema existe, es que está adaptado, luego funciona, luego no cambia, puesto que tiende a estar en equilibrio. Así pues, debe comenzarse a

buscar la causa del cambio en factores externos al sistema. La atención comienza a fijarse en las variables que podían haber determinado el inicio del desequilibrio. Con ello empezamos a abandonar este primer gran bloque de teorías evolucionistas. Pero era necesario algún instrumento de enlace entre estas teorías y las posteriores. El paso de la convicción de las ventajas intrínsecas de la agricultura (T. de las áreas nucleares) a la necesidad de introducirla por desequilibrio (T. materialistas) va a ser la “Teoría de las áreas marginales” (fig 4).

**“Teoría de las áreas marginales” como mecanismo de transición entre las teorías evolucionistas (T. de las áreas nucleares) y las teorías materialistas (Modelos de “desequilibrio”).*

Fue formulada por L. Binford y K. Flannery ante el evidente fracaso de la T.G.S. para dar cuenta de la aparición de la agricultura.

En “Post-Pleistocene adaptations” publicado en 1.968, Binford resume con absoluta claridad la base teórica de sus planteamientos: un cambio como el del origen de la economía productora no puede deberse más que a un desequilibrio grave entre población y recursos. Pero ya que un descenso de los últimos se había demostrado inaplicable tras la pretensión de Childe, sólo podía pensarse en una alteración de las densidades de población como causa del cambio.

El modelo, denominado de las “áreas marginales”, consiste básicamente en lo siguiente: en las zonas de “habitat” de los domesticables se produce un proceso de especialización adaptativa consistente en un incremento de la dependencia mutua. Un aumento de población en esas áreas obliga a parte de la misma a emigrar fuera de su lugar de origen, llevando consigo estas especies en vías ya de domesticación. En sus nuevos habitats, la interdependencia entre estas especies y el hombre se torna absoluta.

Ahora bien, desarrollar una interpretación basada en la población como variable independiente chocaba con un terrible obstáculo, el “principio del número constante de individuos”. Se trata de la idea malthusiana según la cual no se puede atribuir ningún papel al crecimiento demográfico, puesto que éste no puede sobrepasar el límite permitido por los recursos disponibles. “Un grupo no puede crecer por encima del “umbral crítico” porque existen mecanismos automáticos de control del crecimiento demográfico” (Vicent 1.988:41).

Hemos llegado, de este modo, a un punto en el que la investigación sobre el origen del Neolítico se encontraba en un aparente callejón sin salida: los desarrollos teóricos a que había conducido la Teoría Clásica abocaban a dos posibilidades distintas: o se vaciaba de contenido explicativo, manteniendo la prioridad del cambio tecnológico (concebido como innovación conceptual), o se incurría en una insalvable contradicción lógica al introducir un modelo de desequilibrio población-recursos contra el principio del número constante de individuos. Por su parte, abandonar este último principio supondría volver a las causalidades metafísicas, abandonando los principios del determinismo tecno-económico.

2.º TEORIAS MATERIALISTAS

2.a *Teoría materialista cultural o “vulgar”. M.N. Cohen y la “Teoría de la Presión Demográfica.*

La solución va a ser reconocida con cierta rapidez: existía una grave contradicción en la teoría de las áreas marginales entre la concepción del problema y el marco de análisis. Efectivamente resulta obvio el principio del número constante de individuos en una perspectiva regional. Es un a priori. Pero ello no significa que no sea válido el principio de la presión demográfica, sino que el ámbito de estudio tiene que ampliarse a la totalidad de las poblaciones humanas (Ibidem: 46).

De esta manera, se desarrolla una nueva teoría, conocida como Teoría de la Presión Demográfica cuyo principal exponente es la obra de M.N. Cohen (1.981) “La crisis alimentaria de la Prehistoria”. Su objeto de reflexión es, por primera vez, la universalidad espacio-temporal del fenómeno. En este nuevo contexto, el principio del número constante de individuos puede ser eludido de la siguiente manera: es una evidencia empírica y analítica que la población global del planeta aumenta a lo largo de la Historia, sin que ello suponga una refutación de ese principio, ya que una población dada permanece constante en unas condiciones determinadas, no sólo por la actuación de factores restrictivos, sino también por la exportación de los excedentes. Es decir, un grupo dado en un área determinada permanece demográficamente estable mientras tiene la posibilidad de expansión territorial para ese excedente (patrón de crecimiento extensivo). Pero cuando la red demográfica ocupa todos los territorios

demuestra el hecho de que no mueren, como harían organismos vivos cuando el stress ambiental supera su capacidad de tolerancia, sino que cambian. ¿Por qué? Porque el sistema cultural tiene propiedades de auto-transformación, lo que significa que su variabilidad no está destinada únicamente a un funcionamiento adaptativo. Así pues, si hay que encontrar una causa necesaria del cambio, ésta tendrá que buscarse dentro del sistema y no fuera de él (Bender 1.978).

Barbara Bender considera que el matiz materialista llevó a centrar la atención en la base material de la sociedad -subsistencia, población, recursos- y a intentar explicar los otros dominios sociales por referencia a ella, lo que simplificó en exceso la cuestión e impidió desarrollar modelos viables de explicación. El hecho de que casi la única similitud entre los cazadores-recolectores de hace 1 m.a. y los del final del Pleistoceno sea la dependencia de recursos silvestres hizo de este dato el centro de la explicación, sin conceder importancia al hecho de que a lo largo de ese tiempo es observable una transformación imparable de las estructuras sociales. Luego ¿por qué no conceder a este factor dinámico una capacidad de transformación general?

Por otro lado, la consideración del Neolítico como fase arqueológica conducía a la elaboración de “paquetes” culturales de rasgos asociados que la investigación ha demostrado falsos. De hecho, el registro arqueológico demuestra un cambio progresivo en las formas de vida desde el Paleolítico superior hasta el final del Neolítico en todos los niveles de observación, que no son visibles si no es desde una perspectiva de “larga duración”: cambios en los patrones de asentamiento, tecnología, elementos socio-económicos, explotación de los recursos, etc., etc. (Vicent 1.990).

Al cambiar la perspectiva de estudio y ampliar la variabilidad observada, estas posiciones comprueban que las transformaciones “no se limitan a cambios tecno-tipológicos (los únicos reflejados en la periodización arqueológica tradicional) ni a aspectos concretos de la subsistencia”, sino que “por el contrario, además de esto, implican la aparición de nuevas formas de organización social y un punto de inflexión global en la historia humana” (Ibidem: 243).

De este modo, se transforma radicalmente el problema a resolver y deja de tener sentido la oposición clásica Mesolítico/Neolítico, recolectores/agri-

cultores, basada en criterios técnicos, para constituirse en eje de la argumentación la propia transformación social.

2.b.1. Teoría socio-cultural o T. del desequilibrio demográfico. B. Bender (1.978).

Según Barbara Bender, uno de los problemas que han impedido a la investigación analizar adecuadamente la cuestión reside en la confusión entre domesticación y producción de alimentos. A su juicio, en un determinado momento histórico, el hombre comenzó a ensayar diversas formas de intensificación productiva. Algunas conducirían a la domesticación y otras no, por las distintas condiciones de aplicación, por las diferencias genéticas de los recursos, etc... Dado que los pueblos protagonistas de tales ensayos no podía prever las consecuencias a largo plazo, resulta injustificado y artificial distinguir la agricultura del resto de las prácticas de intensificación. Por ello, habría que sustituir la pregunta “¿por qué la domesticación?” por la de “¿por qué la intensificación?”. Con ello, B. Bender rompe por primera vez con la disyuntiva común recolección/agricultura, depredación/producción, interesándose en los desarrollos culturales que podrían haber provocado un aumento de las demandas sobre la economía.

Lo que debe analizarse, en consecuencia, es qué factores de transformación social interna pueden haber provocado una mayor demanda productiva. Para ello debemos fijarnos en primer lugar en la finalidad de la producción: ¿para qué se produce?. Esencialmente se produce para el uso, para el consumo de las unidades domésticas. Pero éstas no pueden mantener la autonomía en una sociedad de cazadores-recolectores, ya que dependen de recursos silvestres que fluctúan de estación en estación, de año en año, de área en área. En consecuencia, son esenciales las relaciones de alianza para garantizar en lo posible la supervivencia del grupo. Pero la alianza implica reciprocidad, y ésta intercambio de bienes, lo que deriva en demandas de un “surplus” productivo sobre la unidad doméstica.

A su vez, muchas sociedades de cazadores-recolectores pueden tener posiciones de autoridad, que también se ponen de manifiesto mediante la redistribución de bienes, ya que sus posiciones distan mucho de estar consolidadas.

Ahora bien, desde el momento en que se produce un excedente aparece la necesidad de almace-

namiento, si es que el intercambio no es inmediato. Ello potenciará el sedentarismo, esto el stress social y esto la necesidad de un liderazgo, que no sólo contribuirá a disolver aquel, sino que también interviendrá en el control del acceso a los recursos que ahora se han hecho restringidos. De esta manera, no sólo se irá aumentando la producción, sino también la productividad del área, lo que tenderá a provocar la innovación tecnológica (no es necesario; puede provocar sólo un mayor coste de trabajo), y en nuestro caso, la domesticación.

En consecuencia, la demografía y la tecnología dejan de ser variables independientes. Es la estructura social la que determina el patrón demográfico.

Barbara Bender anula la disyuntiva clásica y aunque no la sustituye por otra, concede ya un peso específico al almacenamiento en el proceso de transformación. Poco después, Alain Testart desarrollará esta idea.

2.b.2. Sociedades sin almacenamiento/sociedades con almacenamiento. A. Testart.

Efectivamente, A. Testart (1982, 1985, 1987, 1988) va a realizar un estudio exhaustivo de los grupos cazadores-recolectores documentados etnográficamente para comprobar las diferencias existentes entre su organización social y la de los pueblos agricultores. Estos siempre fueron definidos por su capacidad para producir un excedente, condición para el nacimiento de la civilización -definida ésta como sociedades de clase y con Estado-, en tanto que permite alimentar a una clase no-productora (sacerdotes, guerreros, etc.) De ahí el carácter revolucionario del Neolítico, concedido por Childe a su aparición (1985:39).

Testart (1982:2) define a los cazadores-recolectores como “gente que caza y recolecta”, lo que significa que “explota recursos cuya reproducción no necesita ser controlada, como sucede con la agricultura o la ganadería”. Ahora bien, aunque en general se les ha reconocido como un grupo perteneciente a una categoría común, dicho autor (1985: 39) comprueba que, como ya hizo evidente la etnología alemana desde el S. XIX (Grosse, por ejemplo), algunos grupos de cazadores-recolectores presentan un sistema tecno-económico de subsistencia que consiste en recolectar en masa un recurso durante una estación y almacenarlo durante el resto del año. Ello significa, en otras palabras, que “el excedente es posible en una econo-

mía de caza-recolección”, donde “tendría también la virtud -ambivalente- de abrir la puerta a la sociedad de clases, atribuida a la Revolución Neolítica” (Ibidem). Estos grupos se definen por un cierto sedentarismo, una fuerte densidad demográfica y un posible desarrollo de la desigualdad social (1982:524-525; 1985:47). Hay ejemplos en la costa noroeste americana o en California, y en general fueron considerados “excepcionales” por la investigación, cuando su conocimiento actual demuestra que constituyen una categoría distinta a la de los cazadores-recolectores nómadas, más abundantes.

La práctica del almacenamiento implica, según demuestra Testart (1985: 45-47 y 1988: 526 y ss), un cambio radical en la mentalidad de un grupo humano, independientemente de la naturaleza salvaje o doméstica del recurso almacenado:

-Entre los nómadas, acumular o almacenar tiene siempre un sentido inmoral de acaparar o atesorar, puesto que la regla del reparto les impone una inmediata circulación de los bienes por todo el grupo para su consumo. Luego la decisión de almacenar implica, en sí misma, un cambio en la ideología, que transforma:

- Las costumbres, las relaciones personales.

- La actitud hacia el tiempo: se da más importancia al pasado, esto es, a los bienes ya acumulados que al presente para asegurar la subsistencia.

- la actitud hacia la naturaleza: se confía más en el trabajo humano que en su capacidad proveedora. El cazador-recolector nómada considera superfluo el almacenamiento en la medida en que confía en la generosidad de la Madre Naturaleza para conseguir los recursos.

- se trata de una tendencia correlativa a la de la individualización y la propiedad.

Además el sedentarismo significa:

- Una explotación exclusiva o privilegiada del territorio donde el grupo reside, lo que provocará diferencias regionales entre los grupos.

- Es la condición inicial para la acumulación de bienes materiales, necesaria para la aparición de la desigualdad social.

- Limita la posibilidad de resolución de los conflictos por fisión del grupo, de lo que se sigue la necesidad de mediadores y de ahí la posibilidad de que antiguos líderes consoliden su posición.

Por todo ello, el sedentarismo y el almacenamiento pueden considerarse la causa del desarrollo

de las desigualdades sociales, y se dan tanto entre los cazadores-recolectores complejos como entre los agricultores. En consecuencia, deja de tener sentido la oposición clásica caza-recolección/agricultores-ganaderos para verse sustituida por la de sistemas sin almacenamiento/sistemas con almacenamiento, verdadero punto de inflexión en el desarrollo histórico, a juicio de Testart (1.985:40).

Ahora bien, para que puedan aparecer estos sistemas de cazadores-recolectores complejos con almacenamiento, tienen que existir recursos 1) estacionales, 2) abundantes, 3) recolectables en masa y 4) almacenables a gran escala (Idem 1.985: 141; 1.988:5), características que cumplen los cereales. Por ello, se ha tendido a identificar el origen del Estado y la sociedad de clases con la aparición de la agricultura de cereal –primeras civilizaciones de Mesopotamia, Indo, Norte de China, México o los Andes–, cuando es más probable que el carácter revolucionario de la cerealicultura tenga más que ver con el establecimiento de un sistema tecno-económico basado en el almacenamiento que con la agricultura misma (Idem 1.985: 201).

Por tanto, la Revolución Neolítica hace referencia al establecimiento de una estructura económico-social sedentaria con almacenamiento, que puede producirse antes o después que la agricultura. Ésta no es más que otra innovación –como la cerámica, aparecida con el sedentarismo, no con la agricultura– producida en el seno de un movimiento de la Historia que arranca del fin del Paleolítico Superior. En esta época, ya puede demostrarse el almacenamiento a través de las complejas estructuras de habitat y fosas para tal fin de diversos yacimientos de Europa Oriental y Ucrania –Dolni Vestonice, Kostienki o Mezhirich– (Ibidem:139).

Posteriormente aparecerá la agricultura, a causa de la expansión demográfica y de las posibilidades para el mantenimiento y desarrollo de las desigualdades sociales que el propio sedentarismo provoca (según Testart, existe una tendencia histórica a la sustitución de las economías sedentarias con almacenamiento de recursos espontáneos por economías agrícolas). Y una vez introducida, jugará un papel fundamental en la evolución de las sociedades. En sus comienzos, pasó probablemente desapercibida, pero cuando estuviera suficientemente avanzada, revelaría toda su fuerza expansiva y la función que juega en la evolución de las sociedades (Ibidem: 199 y 202); idem 1.988:5).

Las principales críticas que pueden hacerse a Testart (Ingold 1.982, 1.988, Vicent, como.pers.) están en relación con su valoración exclusivamente técnica de la práctica de la acumulación, sin tener en cuenta sus implicaciones sociológicas y económico-políticas, lo que se relaciona con su recurso a afirmar sus explicaciones en “tendencias históricas” (por ej. del paso del almacenamiento a la agricultura) sin analizar detalladamente el proceso.

2.b.3. La división social del trabajo.V. Shnirelman.

Para este autor, el punto de inflexión más importante en la Historia de la Humanidad viene dado por la aparición de la división social del trabajo, coherentemente con los principios derivados de su formación soviética. Y a su juicio (Shnirelman 1.992: 186), el origen y causas de dicha transformación deben buscarse en cambios ocurridos en la esfera socio-cultural y no en el medio natural. Shnirelman insiste también en diferenciar distintas categorías de cazadores-recolectores y en la importancia del almacenamiento, como Testart, pero a su juicio, su importancia radica en las posibilidades de desarrollo social a que da lugar. La existencia de un excedente habría permitido desarrollar sistemas económicos de subsistencia más o menos especializados, pero altamente eficientes en tanto en cuanto podrían contemplar una división social del trabajo. En general, se ha asociado el desarrollo de la “primera gran división social del trabajo” con la aparición de la economía productora, pero según Shnirelman, está estrechamente vinculado a la aparición de un excedente regular, indistintamente del tipo de economía de subsistencia implicada (Ibidem: 189).

A este respecto, no duda que la demografía sea una variable de una enorme importancia en el proceso, ya que “el gran tamaño de una comunidad local no es sólo una consecuencia, sino también un prerrequisito para una economía recolectora altamente eficiente. Y ello es así porque sólo podrían surgir formas complejas de división del trabajo y mecanismos sociales para controlarlas en grupos de población suficientemente grandes” (Ibidem: 188).

2.b.4. Sociedad primitiva/sociedad campesina. J. Vicent.

J. Vicent (1.988, 1.990) va a llevar aún más lejos las implicaciones socio-económicas y políticas del proceso de acumulación.

A juicio de J. Vicent (1.990: 267-277), el cambio importante se produce cuando la propia dinámica de los sistemas de rendimiento diferido, entre los cuales se encuentra la agricultura, conduce a una institucionalización de la apropiación tanto de la producción (en forma de los excedentes acumulados), como de los medios de producción (fundamentalmente la tierra cultivable). El cambio de mentalidad y la transformación radical que ello conlleva -ya que habría sido necesario sustituir la sociedad de bandas del Paleolítico Superior por una sociedad de linajes para restringir el acceso de extraños a los recursos del grupo- marcan, ahora sí, una modificación esencial en el modo de vida.

Así pues (Ibidem), la Revolución Neolítica es sólo un tramo importante en la carrera de la humanidad entre el comunismo primitivo (reciprocidad generalizada y universal) y el individualismo capitalista (reciprocidad negativa generalizada y universal). En este esquema, la Revolución Neolítica supone la creación de una estructura (el linaje/el grupo local) caracterizada por su reciprocidad positiva interna y negativa externa, o lo que es lo mismo, negativa entre grupos, y el desarrollo de su lógica.

La Revolución Neolítica marcaría así el fin de un modo de vida que podría denominarse primitivo, y la aparición de lo que se ha llamado el modo de vida campesino. Este se define por las nuevas condiciones sociales de la producción, es decir, por las relaciones permanentes de dependencia necesaria entre los medios de producción agraria y los productores primarios dependientes de los mismos. Pero puede tomar formas técnicas específicas concretas, y presentarse bajo un modo de producción doméstico, esclavista, feudal, etc. De este modo, la Revolución Neolítica aparece indisolublemente asociada al problema del origen de la desigualdad social, y ambos desvinculados del problema del origen de la agricultura como problema específico, ya que las formas de apropiación pueden aparecer en sociedades cazadoras-recolectoras, como veía Testart (Ibidem: 275-277).

Desde esta nueva posición, vuelve a perder sentido la oposición Mesolítico/Neolítico, recolectores/agricultores, para constituirse en eje de la argumentación y resumen de la Revolución Neolítica: una disyuntiva sociedad primitiva/sociedad campesina.

J. Vicent (Ibidem: 277-289) realiza un análisis de las evidencias arqueológicas que permitirían situar históricamente dicha revolución en la Península Ibérica y el Mediterráneo Occidental que, por razones de espacio, no podemos desarrollar ahora. Baste decir que, a su juicio, la formación de las tradiciones funerarias es el fenómeno arqueológico más claramente relacionado con la apropiación permanente de los medios de producción, ya que indica que la figura del ancestro comienza a ser significativa en la regulación del acceso a dichos medios. Pues bien, como se sabe, este rasgo aparece en la Península Ibérica al final del Neolítico —“Cultura de los sepulcros de fosa”, “cultura de Almería”—, coincidiendo con la ocupación concentrada en aldeas o lugares de habitación al aire libre. En este sentido, la Revolución Neolítica se produce al final del Neolítico, no pudiéndose considerar el Calcolítico como una forma transicional originaria, sino como una forma avanzada del modo de vida campesino.

2.c. *Materialismo estructuralista*

T. Ingold y F. Criado presentan trabajos comparables desde una óptica teórica, pues ambos consideran que el discurso ideológico, la racionalidad inherente a una estructura social dada, no puede entenderse de manera aislada a esta última, sino que constituye la posibilidad básica de su construcción. En palabras de F. Criado (1993:41), “a menudo lo ideal es, la condición infraestructural básica de lo material ya que las cosas, el trabajo mismo, antes de ser practicadas, deben ser pensadas”. En este sentido, ambos consideran que existe una prioridad lógica, que no determinación causal, de la modificación del pensamiento sobre la transformación de la relación entre sociedad y su medio; entre la instancia simbólica y la productiva.

2.c.1. Respeto/dominio, confianza/apropiación de la naturaleza. T. Ingold.

T. Ingold (1.982, 1.988) encuentra también deficiencias en los planteamientos de Testart, ya que, a su juicio, éste limita el análisis a factores técnicos, confundiendo con ello técnica y economía. Según Ingold (1.988:14), la economía comprende tanto las técnicas como las relaciones sociales de producción, siendo precisamente éstas últimas el

factor crucial a examinar. Es más, en su opinión (Idem 1.990:11), “lo técnico es un aspecto de lo social”, ya que las fuerzas de producción están profundamente enraizadas en la matriz de las relaciones sociales. Para Ingold (1.988:14), lo que caracteriza la práctica productiva no es la morfología de los objetos (salvajes o domésticos), sino la forma social de apropiación que supone. La caza-recolección, por ejemplo, viene definida por un sistema de apropiación colectiva, y si se elimina este componente social de la producción, “la caza-recolección queda reducida a la depredación-y-el forrajeo, estrictamente comparable al comportamiento extractivo de los animales no-humanos”. Así pues, la discontinuidad que la Revolución Neolítica observa, “no es tecnológica ni ecológica, sino que reside en el nivel de las relaciones sociales de producción” (Idem 1.980:94).

Por otra parte, escribe (1.980:91) que las relaciones sociales que implica el cultivo habrían surgido posiblemente por “las exigencias ecológicas de mantener a una población que ha crecido más allá de la capacidad crítica del territorio para un modo recolector” de explotación.

Con todo ello, podría fácilmente pensarse que Ingold obedece a los principios materialistas más estrictos. Sin embargo, si se profundiza en sus argumentos, se comprueba que la realidad de su pensamiento es más compleja:

La transformación que el Neolítico define no es, hemos dicho, la aparición de los recursos domésticos, sino el establecimiento de una relación de producción diferente entre el hombre y el medio, ya que un componente del medio sólo se convierte en recurso cuando es valorado socialmente (Ibidem: 93). Ahora bien, para esa nueva valoración, es necesario un cambio de los criterios de relación del hombre con el medio. A juicio de Ingold, el cambio fundamental se produce cuando la relación de confianza existente entre el cazador-recolector y su medio comienza a verse sustituida por una de dominio, que caracteriza al campesino (Idem 1.990:13). Ambos términos implican dependencia, pero el primero supone un respeto por la Naturaleza que el segundo desconoce. A su vez, el primero implica una concepción abierta del paisaje, ya que la relación hombre-medio es móvil. La segunda, sin embargo, supone una limitación del concepto de territorio, que sólo comprende las zonas directa-

mente útiles para la reproducción social, a las que, por otra parte, se posee.

Es éste el eje crucial del cambio, y no el del almacenamiento, que puede darse sin alterar las reglas de reparto y solidaridad social. Lo que verdaderamente es “irreverente o sacrílego” para una mentalidad del primer tipo es el intento de apropiación del “mundo de las cosas vivas”, pues es entonces cuando el principio social del reparto se ve desplazado por un principio de acceso exclusivo o diferencial a los recursos y se establece la posibilidad de atesorar y acumular que subyace a la aparición de las desigualdades socio-económicas (Idem 1.982:532).

Ingold (1.986, sobre todo) demuestra como la correlación entre ambas actitudes y economías de caza-recolección y productora respectivamente no es estricta, ya que algunas de las segundas, como las que representan grupos pastores o con agricultura de rozas, pueden manifestar la primera.

Así pues, lo que marcaría el inicio de la verdadera Revolución, independientemente de factores tecnológicos concretos, sería un cambio en las relaciones sociales de la producción, definidas por un determinado tipo de pensamiento. De hecho, Ingold (1.980: 91) supone que “no existe una discontinuidad discernible entre recolección y cultivo, o entre caza y pastoreo, y que las transiciones de uno a otro pueden haber ocurrido gradualmente y posiblemente en direcciones reversibles en muchos períodos y muchas regiones. La búsqueda de sus orígenes temporales y espaciales es, por tanto, fútil”.

2.c.2. Pensamiento sociedades primitivas/ pensamiento sociedades campesinas. El megalitismo como expresión del punto de inflexión. F. Criado.

Dentro de la misma línea teórica, F. Criado (1.989, 1.991, 1993 y a) defiende la existencia de “una estrecha relación estructural en las estrategias de apropiación del espacio entre pensamiento, organización social, subsistencia y concepción-utilización del ambiente” (a:). Por tanto el análisis de la transformación socio-económica que la implantación de las nuevas prácticas agrícolas supone puede investigarse desde cualquiera de esos niveles, eligiendo él el primero, pues el cambio de pensamiento, la modificación de los conceptos de tiempo y espacio, no sería sólo un fenómeno involucrado con

estas transformaciones sociales, sino que habría configurado el horizonte de posibilidad básico para las mismas”.

Partiendo de los análisis de la sociedad primitiva que Levi-Strauss centró en el orden del pensamiento y Clastres en el de su organización sociológica (Idem a), F. Criado intenta plantear las diferencias esenciales que separan a ese tipo de sociedades de las campesinas y reconocer distintos tipos de racionalidad espacial, identificando a su vez todo ello con sociedades prehistóricas.

El autor llega a identificar cuatro actitudes básicas del hombre frente a la naturaleza: pasiva, participativa, activa y destructiva, reconociendo a la primera en la humanidad cazadora, a la segunda en la recolectora (o primitiva), a la tercera en la campesina (o domesticadora) y a la cuarta en la estatalizada (y dentro de ella, y sobre todo, en la sociedad industrial). A su vez, la primera habría caracterizado, desde un punto de vista histórico, a las sociedades del Paleolítico Superior, la segunda a las sociedades mesolíticas y neolíticas, introduciendo con ello a las primeras sociedades agrícolas con “agricultura no-permanente” (de roza y azada y horticultura), la tercera a las sociedades posteriores al Neolítico Medio: Calcolítico, Bronce e incluso Hierro, según las zonas y la cuarta a las posteriores (idem a:). Sin embargo, tales actitudes no habrían constituido necesariamente una secuencia, sino formas distintas de relación que pueden haberse desarrollado incluso dentro de un mismo grupo o haber caracterizado las estrategias y expectativas de determinados segmentos sociales dentro de una misma comunidad.

Con ello, pierde sentido el concepto de Neolítico, ya que, coincidiendo con Ingold, F. Criado (Ibidem) señala que “agricultura y recolección son dos fórmulas estratégicas posibles de una misma racionalidad cultural que, como tales, son intercambiables y se pueden adoptar coyuntural y esporádicamente” siempre que revelen una forma de apropiación de la naturaleza limitada a un acto simbólico o ritual (Ibidem). Su manifestación cultural implicará un “patrón de subsistencia y asentamiento móvil, basadas en la utilización de recursos móviles y que no estén fijados a un espacio específico” (Ibidem) Por ello, lo que tradicionalmente se ha entendido como Revolución Neolítica habría llegado “más tarde” (Ibidem), con la “aparición de prácticas subsistenciales que implican una apropiación

plena de la naturaleza, sin que forzosamente tengan que ser sociedades agrícolas”, proceso que no tiene lugar hasta momentos posteriores al Neolítico Medio.

Así, partiendo de su confianza en la existencia de una “correspondencia estructural entre concepto de espacio y estrategias socio-culturales” (Ibidem), llega a la conclusión de que el cambio de racionalidad inherente a tal transformación es representado en el paisaje a través de la emergencia de la arquitectura monumental, de la que el megalitismo puede constituir un ejemplo bien conocido. Las diferencias esenciales inherentes al pensamiento de las sociedades primitivas y campesinas son la clave de su argumentación: (Idem 1.991):

Tanto las sociedades primitivas como las campesinas tienen como fin prioritario su propia perpetuación como sociedades y por lo tanto deben desarrollar formas especiales de integrar el espacio y el tiempo, de concebir su continuidad y su posición en el universo.

Las primeras asumen el paso del tiempo negando su existencia; carecen de los conceptos de pasado y futuro, viviendo en un continuo presente. Para ello, ocultan la muerte, diluyéndola en la naturaleza, y fundan el orden legitimador de la sociedad en un pasado mítico, habitado por ancestros, no por antepasados, que se desarrolla no en un tiempo anterior, sino paralelo al del presente. En este sentido, el presente y el pasado se conciben como conceptualizaciones espaciales de orden distinto. Por su parte, se asume que la continuidad de la sociedad vendrá dada por la perpetuación del orden actual, por lo que aunque no hay una concepción del futuro, sí hay un cuidado permanente por no alterar el orden natural: la perpetuación del orden social es entendida como la continuidad del orden natural. Por ello, el cazador, recolector o agricultor primitivo se relacionan con su medio de acuerdo a una lógica conservacionista que, lejos de considerar a la tierra un medio de producción, la respeta como fuente del orden social. Lógicamente, por todos estos motivos, esos grupos nunca construirán monumentos, expresión de la continuidad del tiempo en un espacio alterado, ni alterarán el espacio en general. Y todos esos rasgos son atribuibles a los grupos de cazadores-recolectores paleolíticos y epipaleolíticos y a los agricultores neolíticos anteriores al megalitismo de Europa Occidental.

La sociedad campesina, por su parte, necesita un concepto lineal y cíclico del tiempo. Su proyecto

productivo supone un cierto tipo de teleología que exige preservar la tierra en forma de propiedad a través del tiempo y programar la actividad económica a lo largo de las estaciones. En este sentido, la relación con los muertos, con los antepasados, se hace importante por suponer una relación con el discurrir del tiempo, pero sobre todo, por legitimar la situación del grupo en el espacio. Porque éste ahora también es conceptualizado de forma diferente. El campesino necesita cambiar la naturaleza, controlarla y apropiársela, ya que la tierra pasa a ser el más importante medio de producción. La pervivencia de la sociedad ya no descansa sobre la continuidad de lo natural, sino sobre su plena y auténtica domesticación. En lugar de supeditar la cultura al orden natural, supedita la naturaleza al orden cultural.

Según F. Criado (1991:105), el megalitismo demostraría ese cambio de mentalidad, ya que utiliza a los muertos para destacar el dominio por parte del grupo social del paisaje, y simultáneamente, se sirve de la artificialización del espacio para afirmar la permanencia de ese grupo en el tiempo. En este sentido, sitúa la ruptura del orden económico-social al final del Neolítico, relativizando con ello, en general, la originalidad de esa etapa arqueológica.

2.d. *Teorías neo-idealistas.*

Como venimos viendo, este tipo de posiciones invierte la lógica del razonamiento de los planteamientos materialistas al defender que la conducta observable se genera en pautas del pensamiento simbólico; esto es, que la instancia simbólica determina la instancia productiva. En consecuencia, sus manifestantes centran la investigación en el análisis de la transformación del pensamiento que provoca, como factor causal, la Revolución Neolítica.

2.d.1. La domesticación de la sociedad. I. Hodder.

Como decíamos, I. Hodder (1.990) da la vuelta desde la Arqueología contextual a las posiciones clásicas. Mientras en aquellas la transformación de las estructuras ideológicas y simbólicas es considerada una consecuencia de cambios en la base material -población, recursos, tecnología-, para Hodder los cambios prácticos en el estilo de vida solo pueden ser reinterpretaciones de estructuras sociales y conceptuales ya existentes. El idealismo de su argumentación es casi impactante.

A su juicio, la “domesticación” no es un mero proceso biológico y tecno-económico, sino una “idea” que vehicula un “discurso de dominación”, una “metáfora política” (Vicent 1.991:431). La aparición de la agricultura es la consecuencia del desarrollo de una cierta estrategia de poder que se puede rastrear arqueológicamente desde el Paleolítico Superior y que se concreta en el “control de lo salvaje” como fuente de prestigio. El discurso consiste en la “domesticación del individuo y la sociedad, es decir, su introducción en el ámbito de un discurso de poder destinado a crear crecientes lazos de dependencia dentro de unidades sociales cada vez más amplias y cohesionadas” (Ibidem).

Ahora bien, llega un momento al final del Pleistoceno en que se produce un cambio en los recursos disponibles, que habría hecho que empezara a resultar útil el sedentarismo, ya que permitiría a los grupos locales crecer demográficamente para producir más y poder así participar más plenamente en procesos de competición social. Como se ve, según Hodder, el deseo y la intencionalidad juegan un destacado papel en todo el proceso, ya que los grupos humanos podían haber elegido otra estrategia, lo que significa que lo determinante era mantener ese discurso de poder.

Pero la “culturización” de plantas y animales que implica la domesticación, esto es, su ordenamiento, control y almacenamiento, provocaron una doble línea de dependencia: de los hombres hacia ellos y de ellos hacia los hombres. Además la separación de plantas y animales de la población salvaje les provocó cambios genéticos, todo lo cual hizo que los hombres comenzaran a verse implicados en compromisos a largo plazo. Es decir: el hombre se vió dominado por las consecuencias prácticas de seguir un cierto orden social y cultural, en el que el prestigio y el poder se definen por el control de lo salvaje. Una consecuencia es que el prestigio del orden cultural cambia su locus de la intervención en lo salvaje a la casa.

En efecto, para Hodder, la “domus” fue tanto la metáfora del cambio como el mecanismo que lo hizo posible. Suponía el dominio de lo cultural y, por tanto, fue la fuente del deseo de aumentar ese dominio. Por su parte, las estructuras sociales que permitieron las tareas productivas se gestaron en aquellas primeras tareas de almacenamiento, procesamiento de comida, etc., desarrolladas en la casa.

Llama la atención sobre la forma en que nuestro lenguaje vincula las casas con los procesos económicos de domesticación y con los procesos sociales de la formación de unidades sociales mayores y más claramente definidas, que supongan alguna forma de dominación social: cómo la palabra “domesticación”, procede de la latina “domus”, de donde deriva, a su vez, “dominus”, “don-doña”, “dominio”, “dominación”, etc.

Por eso, analizar las características de la domus en el Neolítico –disposición interna de los objetos, construcción y delimitación de áreas, relación con otras unidades de habitat y con la naturaleza, etc.– permite desentrañar las claves del proceso de cambio ideológico y social.

Así pues, y en resumen, la agricultura es sólo otro paso en el largo proceso de cambio social e ideológico iniciado con las hachas de mano y destinado a domesticar la sociedad como resultado del prestigio del dominio de lo cultural sobre lo natural. “Sólo hay unos cuantos pasos entre las tecnologías complejas de caza y el aclaramiento de los bosques para ayudar a la caza y la recolección, y de aquí a la agricultura” (Hodder 1.990:293). Esta no es más que el resultado de la coincidencia entre este proceso en marcha y una serie de acontecimientos climáticos y ambientales que tuvieron lugar al final del Pleistoceno.

2.d.2. El Neolítico como ideología, religión o sistema. J.. Thomas.

J. Thomas (1.988, 1.991) representa la culminación de esta ascensión idealista. Llega hasta el punto de reproducir prácticamente algunos de los esquemas interpretativos más simples utilizados a principios de siglo para explicar la expansión del megalitismo por Europa y el Mediterráneo, como vamos a tener ocasión de ver.

Partiendo de escritos de autores post-estructuralistas como Foucault o Derridá, defiende la consideración del registro material como un “texto” en espera de ser leído. En este sentido, la cultura material “es parte de un pensamiento”; no es una expresión sino una interpretación de la realidad. “La gente usa las cosas para pensar” (1.991:4). Por ello, no puede considerarse un reflejo pasivo de esa realidad, sino que juega un papel activo como un aspecto cultural más, posibilitando o dificultando los cambios.

Al no haber sido considerada así, lo que se ha venido haciendo al estudiar el Neolítico es una

Historia de las prácticas, una Historia de los restos materiales, más que una Historia de la gente y de sus mentes en relación a los sucesos que vivían (Ibidem: 178). Este es el objetivo de estudio de J. Thomas, quien además considera que en los últimos años se ha concedido demasiada importancia al mesolítico, relegando el Neolítico “al status de una variedad posible de las adaptaciones económicas mesolíticas” (1.988:59), por lo que debemos esforzarnos en encontrar, de nuevo, los rasgos que definen e individualizan al Neolítico.

En resumen, para este autor el Neolítico es menos una economía que un sistema conceptual para ordenar el mundo a través de una serie de oposiciones binarias: nosotros/ellos, dentro/fuera, cultura/naturaleza, doméstico/salvaje, orden/desorden, etc. (Ibidem: 182, 186). Como para Hodder, el neolítico es una idea de un modo de vida basado en la apropiación de la naturaleza, y en este sentido, el significado de las especies domésticas podría ser más simbólico que nutricional (Ibidem: 182).

Thomas no tiene claro si debemos “describir esta estructura de ideas Neolítica en términos de ideología, religión o tradición oral”, ni por qué mecanismos fueron asimiladas las comunidades mesolíticas en el sistema neolítico. Llega a hablar del “Neolithic world-system” y de la incorporación progresiva de los distintos territorios al nuevo orden (1.988:62), como si estuviera hablando del “sistema capitalista” y de su expansión mundial. Y aunque no tiene claro por qué mecanismos fueron asimiladas las comunidades mesolíticas en el sistema neolítico, deberíamos postular la “intensificación de los vínculos de intercambio y matrimonio entre granjeros y recolectores” (1.988:65).

El proceso de “aculturización” descrito por Thomas para Gran Bretaña se habría desarrollado del modo siguiente:

Las primeras actividades agrícolas pueden datarse aproximadamente en el 4.000 a. C. o antes, y habrían llegado acompañadas de monumentos y elementos particulares de la cultura material, como pozos de almacenamiento, cerámica o hachas pulidas. Una vez adoptados estos elementos por la razón señalada, habrían tenido un rol activo en la estructuración de la sociedad, ya que servirían para recordar constantemente a las gentes los nuevos valores en cualquiera de los aspectos de la práctica diaria (1.991:186). “La sugerencia de que los monumentos son un rasgo de una economía madura, produc-

tora de un surplus no se ve apoyada por la evidencia de radiocarbono existente. Por el contrario, parece que en muchas áreas la construcción de monumentos puede haber sido el primer acto de “neolitización (...) La cultura se estaba utilizando para imponer un cierto esquema conceptual sobre el mundo” (Ibidem:182). De ello se deduce que esos elementos no eran “extras opcionales, sino que eran parte tan importante del “paquete neolítico” como los cultivos o el ganado” (1.988:64).

Por eso, las distintas comunidades comenzarían por adoptar un repertorio material o técnico y luego, lentamente, se irían “convirtiendo” al nuevo sistema. De este modo, podemos distinguir dos fases del proceso (1.991:83):

1º) Aquella primera en que se documenta la adaptación de rasgos aislados del Neolítico introducidos en un estilo de vida mesolítico: domesticación de animales y plantas, uso de cerámica o piedra pulida, ritos complejos de enterramiento. A juicio de Thomas, esto no constituye una “neolitización precoz”, pues ésta solo consiste en:

2º) La total transformación de las relaciones sociales que resultan de adoptar un sistema cultural integrado. Tal sistema tiene como objetivo no simplemente la provisión de alimentos, la reproducción biológica de la comunidad, sino su reproducción social, lo que incluye el mantenimiento de las relaciones de poder, el conocimiento y las instituciones. “Poseer una vaca o un hacha, vivir en una casa o enterrar a algún pariente de un modo particular no hace a una persona neolítica. Lo que crea el mundo Neolítico es el reconocimiento del potencial simbólico de estos elementos para expresar una división fundamental del Universo entre lo salvaje y lo doméstico”.

2. Conclusión

La caracterización del Neolítico está cambiando en los últimos años respecto a la perspectiva tradicional. Ello es debido, fundamentalmente, a la transformación de las asunciones básicas sobre el carácter de la Prehistoria. El potente empirismo consustancial a un origen de la disciplina ligado a la búsqueda de pruebas geológicas y paleontológicas que pudieran demostrar la antigüedad del hombre y la existencia de un pasado con cambios, determinó la orientación de todas las primeras aproximaciones.

Sólo recientemente comienzan a adoptarse posiciones teóricas que difieren radicalmente de las anteriores al rechazar la consideración de la Prehistoria como una sucesión de culturas arqueológicas, de compartimientos estancos integrados por paquetes de rasgos y asumirla con una evolución dinámica y compleja cuyos ejes de movimiento, impulsos de transformación, deben buscarse. Es decir, la asociación de elementos materiales ha dejado de constituir el foco de atención, para pasar a serlo las fuerzas que animan y concluyen en la transformación cultural.

A partir de este esencial cambio de perspectiva, las posiciones se concretan en modelos diversos definidos por el peso causal que sus defensores atribuyen a las diferentes instancias culturales, lease productiva o simbólica. De este modo, la verdadera “Revolución”, los cambios trascendentes experimentados por la humanidad en esa etapa de su evolución, se ve desplazada a momentos históricos distintos que, en ningún caso, coinciden con la aparición de las especies domésticas, habitat permanente o semipermanente en aldeas o cerámica y piedra pulimentada, rasgos cuya aparición sirvió a Lubbock para definir el origen del Neolítico. Ahora es la aparición del almacenamiento, del campesinado como forma social, del pensamiento campesino, etc. etc, lo que sirve a los autores para marcar el paso a otro estado de cosas que, en general, para todos ellos, marca el preludio de éste en el que ahora nos desenvolvemos.

Somos el resultado de nuestro pasado, en el que, por tanto, deben buscarse las líneas de fuerza que han derivado en la situación actual. El Neolítico no es más una fase cerrada inscrita en un registro arqueológico, sino una etapa clave de un proceso de evolución cultural sin fisuras ni cortes, y en cuyo extremo nos encontramos.

3. Bibliografía

- BARKER, G (1.985): *Prehistoric Farming in Europe*. New Studies in Archaeology. Cambridge University Press, Cambridge.
- BARKER, G y GAMBLE, C. (1.985): Beyond Domestication: a Strategy for Investigating the Process and Consequence of Social Complexity. En G. Barker y C. Gamble (eds):

- Beyond Domestication in Prehistoric Europe. Investigations in Subsistence Archaeology and Social Complexity.* Academic Press, New York, pp. 1-31.
- BENDER, B. (1.978): Gatherer-hunter to farmer: a social erspective. *World Archaeology* 10, n° 2: 204-222.
- BINFORD, L. (1.968): Post-Pleistocene adaptations. En S.R. Binford y R.L. Binford (eds): *New Perspectives in Archaeology.* Aldine, Chicago, pp. 313-341.
- (1.988): Sobre los orígenes de la agricultura. *En busca del pasado.* Ed. Crítica, Barcelona, pp.210-229.
- BRAIDWOOD, R. J. (1.960): The agricultural Revolution. *Scientific American* 203: 130-141.
- BRAIDWOOD, R. J. Y WILLEY, G. R. (EDS.) (1.962): *Courses toward urban life.* Aldine, Chicago.
- CHILDE, V. G. (1.972) (1ª ED. 1.936): *El origen de la civilización.* Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- CLARK, J. G. D. (1.952): *Prehistoric Europe: The Economic Basis.* Methuen, London.
- CLASTRES, P. (1.981): *Investigaciones en Antro-pología Política.* Ed. Gedisa, Barcelona. (1.980: Recherches d'anthropologie politique. Editions du Seuil, Paris).
- COHEN, M. N. (1.981): *La crisis alimentaria de la Prehistoria.* Alianza Ed., Col. Alianza Universidad n° 291, Madrid. (1.977: The Food Crisis in Prehistory. Overpopulation and the Origins of Agriculture. Yale Univ. Press).
- CRIBADO BOADO, F. (1.988): Megalitos, espacio, pensamiento. *Trabajos de Prehistoria* 46:75-98.
- (1.991): Tiempos megalíticos y espacios modernos. *Historia y Crítica* I:85-108, Santiago de Compostela.
- (1.993): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
- (a): Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje. SPAL. En prensa.
- DENNELL, R. (1.987): *Prehistoria económica de Europa.* Ed. Crítica, Barcelona. (1.985: European economic prehistory. A new approach. Academic Press, London).
- FLANNERY, K. V. (1.969): Origins and ecological effects on early domestication in Iran and the Near East. In P.J. Ucko y G. W. Dimbleby (eds): *The domestication and exploitation of plants and animals.* Duckworth, London, pp.73-100.
- GAMBLE, C. (1.990): La producció alimentaria i els orígens de l'agricultura: una perspectiva caçadora recolectora. En J. Anfruns y E. Llobet (eds): *El canvi cultural a la Prehistoria.* Ed. Columna, Barcelona, pp. 197-220.
- GREGG, S.A. (1.988): *Foragers and Farmers. Population Interaction and Agricultural Expansion in Prehistoric Europe.* The University of Chicago Press, Chicago.
- HIGGS, E. S. Y JARMAN M. R. (1.969): The origins of agriculture: a reconsideration. *Antiquity* 43:31-41.
- HODDER, I. (1.990): *The Domestication of Europe. Structures and contingency in neolithic societies.* Basil Balckwell, Oxford.
- INGOLD, T. (1.980): *Hunters, pastoralists and ranchers: reinder economies and their transformations.* Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- (1.982): Comments to Testart: "The Significance of Food Storage among Hunter-Gatherers: Residence Patterns, Population Densities, and Social inequalities". *Current Anthropology* 23, n° 5:531-532.
- (1.986): *The appropriation of Nature. Essays on Human Ecology and Social Relations.* Manchester Univ. Press, Manchester.
- (1.986b): *Evolution and Social Life.* Cambridge Univ. Press. Cambridge.
- (1.988): Comments to Testart: "Some Major Problems in the Social Anthropology of Hunter-Gatherers". *Current Anthropology* 29 (1):14-15.
- (1.990): Society, Nature and the concept of Technology. *Review from Cambridge* 9 (1):5-17.
- REED, C.A. (ED) (1.977): *Origins of Agriculture.* Mouton, La Haya.
- RENFREW, C. (1.973): *Palaeoethnobotany. The Prehistoric food plants of the Near East and Europe.* Methuen and Co. Ltd. London.
- RINDOS D. (1.990): *Los orígenes de la agricultura.* Ed. Bellaterra.Barcelona. (1.984: The origins of agriculture. An evolutionary perspective. Academic Press, New York).
- ROWLEY-CONWY, P Y ZVELEBIL, M. (1.989): Saving it for later; storage by prehistoric hunter-gatherers in Europe. In P. Halstead y J. O'Shea (eds): *Bad year economics. Cultural responses to risk*

- and uncertainty. New Directions in Archaeology.* Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- SAHLINS, M. (1.990): *Uso y abuso de la Biología. Una crítica antropológica a la Sociobiología.* Editorial Siglo XXI, Barcelona, 2ª ed.
- SHNIRELMAN, V. (1.992): Complex hunter-gatherers: exception or common phenomenon?. *Dialectical Anthropology* 17:183-196.
- TESTART, A. (1.982): The significance of food storage among hunter-gatherers; residence patterns, population densities and social inequalities. *Current Anthropology* 23:523-537.
- (1.985): *Le communisme primitif. Vol. I. Economie et ideologie.* Editions de la Maison des Sciences de L'Homme, Paris.
- (1.987): Game sharing systems and kinship systems among hunter-gatherers. *Man* 22 (2): 287-304.
- (1.988): Some major problems in the social anthropology of the Hunter-Gatherers. *Current Anthropology* 29:1-31.
- THOMAS, J. (1.988): Neolithic explanations revisited: the mesolithic-neolithic transition in Britain and South Scandinavia. *Proceeding of the Prehistoric Society* 54:59-66.
- (1.991): *Rethinking the Neolithic.* New Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- VICENT, J. M. (1.988): El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas. En P. López (coord): *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra, Madrid, pp. 11-58.
- (1.988b): El hombre cazador se hace agricultor. *Historia* 16, 146, Febrero 1.988:56-67.
- (1.990): El neolítico: transformacions socials i econòmiques. En J. Anfruns y E. Llobet (eds): *El canvi cultural a la Prehistòria.* Ed. Columna, Barcelona, pp. 241-293.
- (1.991): Recensión de I. Hodder (1.990): Domestication of Europe. En *Trabajos de Prehistoria* 48: 430-432.
- (1.992): Evolucionismo e ideología. *Arquítica* nº 3: 8-12.
- WRIGHT, G.A. (1.971): Origins of food production in Southwestern Asia: a survey of ideas. *Current Anthropology* 12 (4-5): 447-475.
- ZVELEBIL, M. (ed) (1.986): *Hunters in transition.* New Directions in Archaeology. Cambridge University Press, Cambridge.
- ZVELEBIL, M. Y ROWLEY-CONWY, P. (1.986): Foragers and Farmers in Atlantic Europe. En M. Zvelebil (ed), pp. 67-93.